



CIENCIA
Y
POLITICA

COLOMBIA Y VENEZUELA: FUTURO DEMOCRATICO DE AMERICA

OTTO MORALES BENITEZ*

El título que se le ha dado a esta intervención, “Colombia y Venezuela: futuro democrático de América”, nos pone frente a múltiples e intrincados interrogantes. Vamos a dialogar en torno de algunos. Ojalá estas reflexiones contribuyan a que nos acerquemos a la lucidez en la búsqueda de nuestros destinos. Tenemos tales concordancias —en lo positivo y en lo negativo— que debo indicar que los adjetivos que tengan algún asomo de censura, de apremio o de combate, se entiendan más unidos a Colombia que a lo inmediato venezolano.

Ejercicios Democráticos

En Venezuela y Colombia, en los dos últimos años, hemos tenido elecciones ejemplares. El pueblo ha dicho cómo quiere ser gobernado. Pero es esencial, cómo se desarrollaron las campañas: sin restricciones; apelando a la inteligencia de nuestros pueblos; proponiéndoles a su análisis las complejas materias relacionadas con el Estado, la nación y sus desarrollos. Pensando los partidos y sus jefes que la reflexión política debe ampliarse cada vez más.

Esto marca la vocación democrática de nuestros países. Les da un sello, un aval y les crea un compromiso. El primero es robustecer todas las formas de expresión de nuestras comunidades. El segundo, que, a pesar de las dudas que aparecen en cuanto a nuestros destinos, estos los van conformando dentro del arisco

* *Abogado. Exministro del trabajo. Exsenador de la República. Historiador. Escritor. Profesor universitario. Candidato actual a la presidencia de la República por el partido liberal.*

Lectura en el “Centro de Estudios Internacionales Colombo-Venezolanos — Capítulo de Venezuela” — Caracas.

afán popular. El tercero va tomando diversas y complejas apetencias: una, que nuestros partidos, están en la obligación, si no quieren equivocarse sus derroteros, de dar respuestas a las demandas internas de nuestros grupos humanos. Ellas son preocupantes, dramáticas, muchas veces; otras se enuncian con aire pendenciero. Así somos y no se vislumbra que nos inclinemos a cancelar esas actitudes. Después de dilata la perspectiva: nos toca ampliar y fortalecer la frontera democrática en nuestro continente. Porque el hecho de que ella se prolongue, garantiza nuestra supervivencia civil y le da brío a nuevas fuerzas sociales para que se manifiesten.

Tenemos que hacerlo obedeciendo a un mandato de la historia y a lo inmediato que nos sofoca con sus apremios. Aquel viene en coincidencias desde la Independencia; después se vigorizó en las guerras civiles que alentaron, paradójicamente, en las refriegas, la integración de nuestro sentido de la convivencia y de la libertad; más tarde cuando nuestros escritores tenían una interrelación en sus luchas mentales de país a país; posteriormente, cuando el exilio cubrió a quienes luchaban contra toda opresión, en especial contra las voces del pensamiento político, y que anudó frases e ideas en lealtades civilizadoras. Pero aún más: unos partidos se influían en los otros, con sus idearios. Los pocos movimientos doctrinarios que en América Latina, han logrado el calificativo de revolucionarios, han volcado sus consignas despertando ímpetus desconocidos en quienes aspiran a gobernar. Así, las identidades han sido insondables en cada etapa. Han alcanzado grados de intensidad social que han llevado a que nos confundamos en anhelos y en realizaciones. Algunos pocos han querido que nos sintamos perdidos en el laberinto de nuestras perplejidades. Y por ello, se levantan voces que proponen sólo desavenencias, rencores encuevados, maledicencias tenaces. Eso es momentáneo. Vuelve a emerger lo que hemos constituido: la unidad con los símbolos comunitarios de la lucha, que se apoya, por ejemplo en la evocación y estímulo de cómo fueron los principios concordantes para luchar por la Independencia.

Tenemos, por lo tanto, que escuchar las enseñanzas de esa tradición. Para ello debemos obrar sin ambiciones desmesuradas. Ya sabemos que en nuestro continente no pueden existir países que se arroguen, en actitud pretenciosa, el designio de ser "grandes". El arzobispo Helder Cámara ya nos indicó que en estas tierras no podía tolerarse ni manifestarse ninguna forma de imperialismo. Estamos signados, con luminosidad en los resplandores sociales, con la solidaridad continental. Es la que debemos ejercitar.

La Unión de los Interrogantes.

Para darnos cuenta de qué nos obliga más hacia el porvenir, es bueno pensar que estamos preocupados hoy por tres grandes interrogantes: a) el imperialismo, b) el Caribe y c) Centroamérica. Venezuela y Colombia tienen las más amplias costas en el Mar Caribe. De allí no nos podemos desligar y tenemos que obrar vinculados a sus demandas. Sólo ahora, asediados por los apremios de la amenaza de guerra; de las incitaciones a adherir o someternos a ideas que contrarían

nuestra concepción del universo; empujados por las admoniciones en tono mayor de quienes gobiernan todos los espacios del hombre, hemos vuelto la mirada hacia allá. Y nos sentimos asombrados de lo que sucede. Ello indica que hemos olvidado cómo se ha integrado esa área vital.

Las islas asaltadas, pasando de una dominación extranjera a otra. Los poderes de control ultramarinos, imponiendo su sello, a pesar de que la rebeldía mestiza se defendía con sus sones y sus calipsos. En estos cantos quedan sus insurrecciones y sus frustraciones.

El Maestro Germán Arciniegas decía que "cuando escribí la **Biografía del Caribe** me di cuenta que de cada isla podía sacarse un libro. Trinidad, Haití, Jamaica. O las Islas Vírgenes, las de Los Ladrones, Tortuga, el Gran Caimán. Se paseaban por los archipiélagos los ladrones de la Reina Isabel que le ofrecían luego esmeraldas de Muzo para la Corona. Morgan se robaba las campanas. Al fondo, paisaje de huracanes. Las fotografías de San Andrés presentan mulatas que son la versión oscura de la Venus de Botticelli, caminando por playas de arena blanca, y el viento de la brisa en las palmeras. . . ."

Y Centroamérica siempre intervenida. Zona que sólo daba para noticias de terremotos o de volcanes. En los últimos años, ha pasado de ser ambiente de revueltas internas para inquietar con una guerra regional. En este instante, gravita allí una parte de la guerra fría que se libra entre los dos imperios universales. Y cada uno de nosotros no quiere evocar que el pavor circundaba la vida de sus luchadores democráticos y se vuelve apenas reminiscencia literaria al recordar a Miguel Angel Asturias, a Pablo Antonio Cuadra o a Luis Cardoza y Aragón. No es posible desconocer que a los estados centroamericanos, durante muchos años, se les ha tratado como estados-clientes. Ha existido la tendencia, desde la Independencia, a favorecer para que por allí predominen los dictadores, por cierto que con ribetes de derecha. La perturbación, entonces, no es producto de imprudencias inmediatas. Su raíz tiene su acomodo en una tierra sacudida varias veces por la injusticia.

En un libro que en 1983 publicó La Feber, se destacan como temas preocupantes cinco: primero, la amenaza que están sufriendo sus recursos energéticos, que son de vital importancia económica; segundo: el efecto en reacción de los diferentes tipos de revoluciones que vive la zona; tercero: las zozobras que alimenta la hipotética intervención militar por parte de los Estados Unidos; cuarto: un presumible combate con Cuba; quinto: el debilitamiento que podría alcanzarse como efecto de estos posibles desórdenes en el sistema político existente en Colombia, y la provocación para las áreas fronterizas, entre las cuales, como es elemental, se encuentran Venezuela y Colombia.

Es lo que algunos estudiosos del "Centro de Estudios Políticos y Sociales de América Latina", CEPAL, de la Universidad de los Andes en Mérida, llaman el "anillo geopolítico". Este ciñe los dedos de nuestras manos democráticas. Y así se evidencia el deber de ampliar la frontera para el manejo de los problemas, apelando a la opinión de los pueblos que nos rodean.

Búsqueda de Opinión para enfrentar las Dificultades.

Al lado de estos aspectos internacionales tan preocupantes, las dificultades nos circundan interiormente en nuestros países. Estamos enfrentados a una muy compleja urdimbre social, política y económica. Los conflictos contemporáneos han hecho trizas muchos de los conceptos seculares de nuestros partidos. Estos, se debaten en imprecisiones. Inclusive muchos temas no se han examinado por nuestras colectividades, pues nos han sorprendido en la mitad del tránsito social. Para algunos los moldes ideológicos no se acomodan a su ímpetu y a sus reclamos. Por eso mismo, los partidos se encuentran vacilantes, inconstantes en sus prédicas, recelosos y dudosos en aplicar su farmacopea.

Para enfrentar muchas de las dificultades económicas y sociales, se deben hallar identidades entre los partidos. De país a país. Cuando los conflictos internos se vuelven duros, patéticamente intimidantes, no existe otra manera de afrontarlos que explicar sus programas, analizarlos, presentarlos con evidencias al estudio nacional y alcanzar el respaldo colectivo para encarar aquellos. Creo que de esto nos despreocupamos con frecuencia. Nos desentendemos a veces del mandato popular. Algunos llegan a afirmar que es una avilantez que el pueblo trate de discutir los designios del estado. Es el imperio del mesianismo. Pues éste tiene que desaparecer. No hay que olvidar que el líder es el que escucha lo que subterráneamente impulsa los afanes de la comunidad. Líder es el que interpreta lo que la masa está soñando explícita o sonámbulamente. Hay que borrar la imagen de que el líder es el que impone o el que salva. El providencialismo, con unanimismo de los adherentes al partido, ha sido y es fatal. Hay una tendencia, que se debe remarcar, para liquidar el paternalismo que dimana de quienes manipulan el Estado, si queremos tener colectividades con senderos abiertos.

Cambios y Congestión de la Administración Pública.

En las últimas décadas, después de que se aceptó el sentido social en todo el derecho, el Estado, ha cambiado fundamentalmente. Pero como el desarrollo no se detiene, en cuanto la tesis del servicio público se ha ampliado, aquel se ha visto urgido por muchos requerimientos de la comunidad. La administración pública, ha crecido y se ha desbordado. El individuo a veces piensa que no le queda iniciativa para cumplir. Así fueron proliferando los entes administrativos, las empresas del Estado las industriales del mismo, y lo mixto en la economía empezó a ser signo. Con estos tenemos que adelantar nuestras funciones, pero sin doblegar el ímpetu y el arrojo de los particulares que quieran contribuir a edificar la economía de nuestros países.

Las materias se han complicado porque en estos se han encontrado recursos que han precipitado, súbitamente, nuestra manera de manejar los negocios del Estado que se distinguía por la austeridad y lo pausado. El Presidente Lusinchi ha descrito con maestría parte de ese caudal de sorpresas. El, dijo en su discurso de toma de posesión:

"La Venezuela del presente es a la vez creación y víctima de un fenómeno bien conocido: el súbito estallido de una riqueza fácil y casi gratuita, exacerbada por el alza de los precios del petróleo. Esta contingencia, que puso en nuestras manos la posibilidad inmediata de realizar grandes ambiciones, desencadenó en nuestra sociedad cambios radicales y agravó en la colectividad nacional nefastas tendencias al despilfarro, la malversación y el aprovechamiento ilícito".

En Colombia no hemos tenido un estallido en cuanto a la aparición de la riqueza. Pero se manifiesta una tendencia a buscar el enriquecimiento fácil. La especulación ha sido su manifestación más plena. Ella nos ha conducido a equivocar muchos caminos ortodoxos en referencia a ciertos valores tradicionales. Nos ha servido para enmarañarnos. El hecho de que domine en esta época, no justifica el arrasamiento de conductas de las cuales se enorgullecía nuestra comunidad. El empleo del ahorro se ha desbordado, favoreciendo traumas sociales y sus usufructuarios se acomodan, holgadamente, en el abuso legal. Esto combinado con un endeudamiento —uno de los menores en el Continente por haber gozado de una bonanza cafetera que nos permitió acumular reservas monetarias— y que nos tiene, como a los demás países, con preocupaciones en el sector público y en el privado. En este clima, los grupos financieros han aprovechado para espigar y favorecer sistemas irregulares, que llevan a la zozobra y confusión en una colectividad acostumbrada a moverse con sobriedad. Estos fenómenos contemporáneos, no están bien regulados, pues es un nuevo Derecho Económico que apenas estamos enunciando, apelando a iniciativas como la reforma financiera.

Los poderes que usufructúan estos grupos, con su mentalidad vivaz, exhiben el tráfico con el dinero como panacea para resolver mil males colectivos. Es una inducción que se realiza con los seres que tienen menos capacidad para deducir los peligros que los atentan. La especulación se acredita como solución para proteger y sostener el bienestar y, como no son tímidos, predicán que éste va a cubrirnos y ampararnos sin exclusiones. Con grandes titulares, con avisos "sublimales" y con promesas espectaculares subyugan a una clientela despistada. Casi siempre, el Estado, no ha ejercido suficiente vigilancia, debemos confesarlo.

Pero aún más: se toman al país por sorpresa para anunciar y vender sus inversiones. Les dan un tinte de urgencia y las proyectan como las únicas adecuadas, a pesar de que no se acomodan a los apremios y demandas prioritarias del país. Eso no les interesa ni desvela. Pero sí tienen una consecuencia fatal como es ir reduciendo el espacio productivo. Y esto no lo comprendemos de inmediato, pues ellos crean la sensación, que no se ajusta tampoco a la verdad, de que están o van a ampliar el radio de lo creativo en la economía nacional.

Y quienes tienen capacidad de reflexión y crítica, se van acomodando. Nace y prospera la moral de lo circunstancial. Es la contemporización con los sistemas más vedados para hacer capital. Los juristas y sociólogos reseñan esta situación, indicándonos cómo hasta el lenguaje lo van acoplado a esa complacencia venal. A la corrupción la llaman así, "distribución irregular del ingreso" y, al

contrabando, "Comercio no registrado". Todo va sufriendo su amoldamiento a la cobardía moral en que ponen a vivir a nuestros conglomerados humanos. Y por cierto, no son los más bajos los que escogen esos eufemismos. Son quienes deberían marcar principios y cumplir sus mandatos, destacando las rutas del ejemplo.

Los vicios se están dando en estados democráticos. Pues tenemos la obligación de controlarlos con la vigilancia que aquellos propician. Deben de manifestarse elocuentes los enunciados políticos; actuar eficazmente, con sus críticas, los parlamentos; acelerar la expedición de leyes que pongan límites y establezcan la penalidad; y que un celo público adquiera su imperio y su rechazo. Los medios de comunicación, deben presentar las prevenciones que pongan en vigilia a la comunidad. El sistema democrático, posee sus recursos idóneos de control. Otra postura sería si quiere dejarlos abandonados, laxos frente a la agresividad de "los magnates". Sería una expresión de su impotencia y de la falta de vislumbre doctrinaria de las colectividades.

En estos empeños, pueden coincidir Colombia y Venezuela. Lo que ambicionamos es tener países donde la estirpe de la opinión pública, prevalezca, tenga su poder y su irradiación, se prolongue sobre el conglomerado social. Pues no pueden existir dudas. Sería doblegar la altiva serenidad vigilante de los partidos. Entregarse a los egoísmos lucrativos; aceptar como dogma todas las extravagancias que nos reparte el "consumismo"; plegar las banderas frente a avivatos y depredadores. Apelemos a una cita de José Martí cuando proponía que "hay que poner de moda la honradez". Y todavía más: volver al ejemplo de Bolívar, quien nació rico y murió pobre por estar al servicio de la libertad. Esta, es una aleccionadora pedagogía que nos enseña cuál debe ser la actitud frente a los dineros que rozan e interesan a la colectividad.

Reformar los Canales de Expresión Democrática

Para poder cumplir tan disímiles afanes, hay que fortalecer los canales de expresión democrática. Uno de ellos, y fundamental, es la libertad de expresión. La prensa y todos los medios de comunicación, deben ser respetados en el mismo grado que los derechos humanos. Pero, a la vez, en cuanto ellos ejerzan vigilancia, deben vigorizar los resortes democráticos, encauzando a los gobernantes para que el Estado cumpla sus funciones con enérgico apremio y modestia, a la vez. Y reclamar cuando la omnipotencia de aquel se levante contra la nación; contra el ciudadano sin recursos, el hombre circuido de pobreza, imponiéndoles la felicidad a empujones poco democráticos.

Algo sobre lo cual se debe tener mucha certidumbre en los programas que pueden ser comunes a nuestros países y extenderlos a dilatar la frontera política, es ejercer una mayor diligencia en formular la educación que queremos para nuestros compatriotas. Según la que entreguemos, así será el hombre que formemos y estamos diciendo, a la vez, qué comportamiento deseamos que tenga. Si consentimos que se desvíe, pervierta y desorienta nuestro capital humano, estamos haciendo declinar, a conciencia, el porvenir.

En las últimas décadas la planeación ha sido preocupación de nuestros estados. No la hemos aplicado. Se promulgan programas con prioridades, pero los cancelamos por el imperio de lo inmediato. Por andar cediendo. Se entrega una visión general y técnica hacia el futuro, a la voracidad de las vehemencias electoreras de nuestros adherentes. Se pierde la capacidad de perspectiva y no tenemos así intuición de proyectarnos universalmente. Vamos siendo arrasados por lo circunstancial. Si hiciéramos planes con voluntad de cumplirlos, se podrían combinar estrategias de integración entre Colombia y Venezuela, que se prolongarían en el tiempo.

Políticas de Integración

Tenemos unas fronteras terrestres y marítimas que nos obligan a meditar sobre lo que nos une, en lugar de insistir en torno de aquello que nos pone en vilo de conflicto. Por fortuna, parece que principia a progresar la idea de consorcios colombo-venezolanos en muchos frentes industriales. Se impone la urgencia de una red fluvial para el transporte recíproco de bienes de ambos países. Una política de turismo, abriría perspectivas de conocimiento y recreación. La Orinoquia y la Amazonia, tenemos que administrarlas con escrupulosa severidad. Allí poseemos muchos recursos. Pero ellos los podemos convertir en zonas desérticas si no escuchamos las voces de los científicos que nos precisan lo restrictivo de los terrenos para ciertos usos y los daños ecológicos que podemos acelerar con una inadecuada utilización de los árboles, de las aguas y, como lógica consecuencia, del aire. El petróleo de los Llanos debemos indagar cómo lo podemos refinar sin duplicar inversiones. Sin descuidar que a Venezuela, como lo ha indicado el mismo Presidente Lusinchi, el petróleo la ha desdibujado en su signo y a nosotros, los colombianos, nos ha hecho perder la vocación agrícola y pecuaria cuando los derroteros se concentran sólo en una industrialización artificial o prospera lo especulativo con su agresividad.

Tenemos que volver a ser austeros, si deseamos tonificar nuestros procesos civilistas. De esa manera podemos influir en el futuro democrático de Indoamérica. Nada de lo que hemos dicho se impetra o predica gratuitamente. Es para fortalecernos e irradiar sobre el continente nuestra propia visión doctrinaria. Para esto se impone que regresemos a la sobriedad con la cual se fueron integrando nuestras repúblicas. La ostentación no fue nuestro designio. Al contrario, estábamos acostumbrados a la moderación y las incomodidades. Siempre hablábamos con la escueta verdad a nuestros conciudadanos. No despertábamos ilusiones exageradas. Cuando éstas se han propuesto, se ha hecho daño hondo, profundo que lleva a nuestros pueblos a la desilusión.

Regresar al respeto de la Ley

En el último tiempo hemos ido abandonando, en esta orgía complaciente en que nos movemos, la severidad de la Ley. No exigimos que se acate. El estado no procura todos los instrumentos para que se aplique. Al contrario, a la jus-

ticia la conducimos como una agencia más del Estado, sin dotarla de lo que requiere. Es parte del alojamiento colectivo que vivimos en nuestros procederes individuales y colectivos.

Se demanda emprender una gran cruzada para regresar al respeto de la Ley. Esta, nace como expresión de una vocación ideológica que imprime un sello a la sociedad. Ella es escueta y sencilla. No es declamatoria. Exige severidad en el gobernante para aplicarla, no puede menospreciarse por el político para no favorecer el desafecto colectivo o la flacidez en cuanto a las normas éticas; así se logra que el pueblo la consienta sin resquemores y temores. No se puede desdeñar el principio que predica que la ley obedece a la realidad de las cosas. Cuando todos sepan que a ella ceñimos actos, resoluciones e intenciones, el respeto para nuestros dos países crece en el ámbito americano. Las otras naciones demandan saber que no están desprotegidas a nosotros y nuestro interés de darle fuerza y mayor alcance al sistema democrático, pues no vivimos del asalto en el despoblado jurídico.

Las Relaciones Internacionales

Es enseñanza cierta que lo de un país ayuda o daña al otro: a pesar de nuestras fronteras que se manifiestan en tres calidades: costa, Andina y llano, debemos preguntarnos hasta dónde han ido nuestras relaciones internacionales. Queramos o no, estamos en el área del conflicto Centroamericano y del Caribe. Nos toca asistir a la definición de parte de la guerra fría entre Rusia y los Estados Unidos. Para mí la tesis valadera, es aquella que permite alegar que nuestras políticas exteriores deben reflejar nuestros progresos democráticos internos. Estos se inclinan por la debilidad o el fulgor, según su grado de fuerza. Creo que ellos necesitan expresar el carácter que le queramos dar al desarrollo nacional. A mí no me cabe duda de que requieren ceñirse a un sentido eminentemente social. Les toca a Venezuela y a Colombia desenvolverse en el actual orden económico internacional, cada vez con más complejidades y en una economía contemporánea de muchos desequilibrios. Pero aún más: compartiendo o padeciendo los choques ideológicos y militares de las potencias. Ese es el lote de esta hora. Y no lo podemos soslayar.

Permítanme que me detenga en indicar algunas de las características predominantes en la política tradicional de nuestros gobiernos colombianos en la administración de los aspectos internacionales. Recurro a algunos datos que trae el profesor Enrique Neira en su *Guía Política de Colombia - 1984*:

Primero: Siempre se han ceñido a un **legalismo**, pues todo se somete a los principios del Derecho Internacional, que da las reglas para la relación pacífica entre los estados.

Como es elemental, esta posición propicia las negociaciones pacíficas o el arbitramento.

De allí que nos preocupa la defensa y hoy más que nunca, rejuvenecer el sistema interamericano. En esto coincidimos con un venezolano de amplia dimensión en el crédito intelectual y político en nuestro continente, con un creador de democracia, a quien se le deben muchas pedagogías civilizadoras en nuestros pueblos, Rómulo Betancourt, quien explica con abundancia doctrinaria y jurídica sus juicios en su libro **Hacia América Latina Democrática e Integrada**. Un prócer de la democracia colombiana, como lo es Alberto Lleras, en 1948 diseñó las rutas institucionales de la OEA, y en la actualidad, son invocadas como conductoras por Carlos Lleras en los últimos ensayos que ha publicado en su Revista **Nueva Frontera**.

Pero aún más: cuando en San Francisco se caminaba hacia la enunciación de los principios que gobernarían las Naciones Unidas, Eduardo Santos, se hizo presente con sus experticias, que exponía con el vigor de su inteligencia Alberto Lleras. Esto nos ata en fidelidades a los organismos que, a nivel continental, y en el ámbito internacional, consolidan la paz eliminando toda expresión violenta.

Por el Derecho de Asilo, Colombia ha librado grandes batallas. Ese es un producto jurídico de nuestro continente. Lo seguiremos defendiendo porque creemos estar en la obligación de amparar a quienes les clausuran, en sus países, su voz y su capacidad de examen intelectual y político.

Segundo: Ha existido una cooperación con los Estados Unidos. Como es elemental, nos gustan más las políticas del "buen vecino" o las de la "Alianza para el Progreso", que otras que nos contrarían y nos amargan las evocaciones históricas.

Hoy mismo existe un entendimiento para la lucha contra el narcotráfico, que se amplía por el continente debilitando una nueva generación y arrasando y corrompiendo amplios sectores de nuestros pueblos.

Tercero: La política internacional nuestra siempre ha obedecido a un carácter bipartidista. A veces la luchas entre los dos partidos alcanzan caracteres dramáticos. Inclusive en esos momentos, aplazamos nuestros resquemores, dolores y abatimientos internos, para pensar en la Nación. El Presidente la señala, pero tiene una Comisión Asesora de Relaciones Exteriores, integrada por miembros de los dos partidos tradicionales. Así adquieren carácter nacional las decisiones.

Esto nos ha dado nortes para dirigir los asuntos en conflicto. No nos domina la impaciencia para discutir. Se conocen las dificultades jurídicas y técnica de cada controversia. Se respeta el uso de que ellas se hace, con sentido patriótico, por ambos partidos. Y como nadie puede reclamar exclusividad, nuestros trámites internacionales no sirven para promover prestigios, ni asociarse, utilizándola a la política nacional y recibir aplausos. Se caracteriza su examen por la precisión en los enunciados.

Las características más revelantes son: la negociación directa, los compromisos amistosos, los arreglos inclusive en materias muy difíciles. Sólo apelamos al

fallo de los jueces internacionales, en última instancia. En virtud de tantas vigiliancias estableciendo las concordancias, tenemos poca tradición de conflictos.

Cuarto: La cooperación latinoamericana ha sido una constante. Nos preocupan los antagonismos entre los países hermanos. Ninguno nos es indiferente. Hasta los más lejanos hacen parte de nuestra ansiedad. Así lo ha ratificado el Presidente Betancur en su acción pacifista en Contadora, o en las sugerencias fraternales en el caso de Bolivia y Chile.

Quinto: Escuchando las voces diversificadas, que han crecido en coro, al liberarse nuevos pueblos, somos solidarios en la integración real del tercermundismo.

Así como predicamos en la política local el pluralismo, de la misma manera lo acatamos en las relaciones internacionales.

Es ambición y se adelanta una política para tener cuadros técnicos bien formados para cumplir sus labores en el exterior.

Recibimos toda la cooperación tecnológica que nos entreguen, siempre que no traten de abatir nuestro nacionalismo tecnológico. Consideramos que el país tiene un profesional, rico en abundantes cualidades intelectuales y técnicas que no podemos desdeñar en la conformación de nuestro medio.

De allí que la tendencia, ante la diversidad del mundo diplomático es hacer una política exterior integrada. Desde el Ministerio de Relaciones Exteriores se combinan y planean estrategias con Proexpo, Incomex, Mindefensa, Mintrabajo, Mineducación, etc.

Esta labor internacional se efectúa sin desdeñar que un mandato democrático nos gobierna. Bien sé que en estas líneas generales coincidimos con Venezuela. Podemos hablar, entonces, fraternalmente a los otros países. Nuestro mandato es la democracia y la paz.

La Paz

Al llegar aquí no puedo dejar de referirme a la paz que es otra de las preocupaciones fundamentales en el continente. En nuestro país la consideramos prioritaria. No queremos que progrese más la torcida afirmación que ella se justifica porque existe una relación entre la violencia, el conflicto y el cambio social. Nosotros estamos confrontando las mudanzas que demanda un Estado inadecuado para esta época convulsionada y las que son apremiantes porque luchamos por la justicia social. Por esto mismo, hablamos de que Venezuela y Colombia pueden y deben ampliar la frontera democrática en el Continente.

Tenemos la obligación de hacerlo y no debemos dudar en cumplir esa vocación de hondo calado en la historia de nuestros pueblos.

Debemos extremar nuestras exigencias en el deseo de integración política. Sé que además de los temas que he expuesto, irrumpirán y se multiplicarán las propuestas y las nuevas cuestiones. No es sólo empeño de los gobiernos encarar aquellas y estos. A cada uno nos corresponde un lote de responsabilidad. Creo que el "Centro de Estudios Internacionales Colombo-Venezolanos", puede impulsar parte de esta labor. Quienes lo integramos, no tenemos otro interés que contribuir a empujar unos desarrollos que sabemos que sus centros de decisión no están, siempre, en nuestras manos. Obramos todos con independencia intelectual y sólo con el deseo de colaborar, levantar principios y proponerlos al examen desinteresado de las inteligencias venezolanas y colombianas. En el Capítulo de Colombia estamos dispuestos a hacerlo sin pausas y con ardencia.

Entendemos que esta actividad es de venezolanos y colombianos. Por fortuna contamos con unos pueblos con semejanzas que hacen más fácil el hallar las coincidencias. No dudo de la inteligencia de aquellos. Los hemos visto dando tantas batallas, sin que los desconcierten, ni los perviertan, ni los subyuguen en forma definitiva. Cuando es indispensable reaccionar en protesta, lo hacen con un afán de sacrificio y con resplandor en sus propósitos. Laboran, se imponen en unos mundos hostiles que, a veces, son dramáticos en sus requerimientos. Yo observo, por ejemplo, al pueblo colombiano atento a los afanes democráticos, corrigiendo a sus jefes cuando lo desorientan de sus hondos anhelos de libertad. Y participando en el futuro nacional, con el trabajo, la sagacidad para el juicio crítico, la voluntad de aprender técnicas, su reciedumbre para resistir la adversidad. Lo hallo decidido en el empeño con que triunfan y trabajan aquí mismo en Venezuela. Nos sentimos orgullosos del aporte científico y técnico, que le han dado a esta nación fraternal. Conocemos que actúan aquí desde profesionales honestos y talentosos, hasta labriegos humildes, que vuelven a la tierra con la paciencia campesina. La gente de la diáspora nos está advirtiendo que la prédica de ampliar la frontera democrática es posible si seguimos detrás de los senderos que ellos, con su inteligencia y su denuedo, ya nos han abierto.

En Colombia tenemos conciencia de que aún nos falta realizar nuevos intentos creadores para entregar más descanso a nuestra comunidad. No se abandonarán. A pesar de que, a veces, corra un viento de escepticismo y desesperación. Tenemos conciencia de que estamos consolidando el porvenir. Así se explica uno que François Caviglioli en *Le nouvel observateur* haya podido decir tan estremecedoramente:

"Colombia es otra cosa. Ella pelea, ella mata, ella se desgarrá, pero para vivir. Tiene una vitalidad de selva tupida, una salud de liana. Colombia es la chicharra, el tigre y el águila: Los tres animales sagrados de los antiguos indios andinos. La chicharra, voz del universo que no puede ser acallada. El tigre, con la sonrisa cruel de las criaturas inmortales. Y es el águila, símbolo del poder. Añádasele a eso un Bolívar y un Santander, la Revolución Francesa y a García Márquez. Agítese bien. Y se obtiene un coctel explosivo: un país que, a pesar de lo presente y del miedo, cree en el porvenir".